

EMILY BROOKS



TODA SUYA

Volumen 3

EMILY BROOKS



TODA SUYA

Volumen 3

Emily Brooks

Toda suya

Volumen 3

Argumento

La relación entre Alice y Adrien adquiere un cariz más sensual,

pero el atractivo escritor es inaccesible y la dulce Alice se siente

atrapada por sus sentimientos. Un nuevo hombre le ayudará a

resurgir de sus cenizas: el fotógrafo Dani Olivier, que viene a

presentar su trabajo en la librería.

Seducor y seguro de sí mismo,

hará todo lo posible porque ella salga de esa historia con la

cabeza bien alta.

1. Una libertad sin corsé

Breve cuestionario para esta noche. Me encontrarás:

A. En la terraza del bar Soleil en Belleville.

B. En la plaza Furstenberg, porque es la plaza más bella de París.

C. En la habitación número 15 del
Amour.

A.R.

Le respondí sin vacilar: *En la
habitación número 15 del Hotel*

Amour y el mundo se redujo desde ese
momento y hasta el cierre de la

librería al deseo loco que tenía por
volver a ver a Adrien. El ajetreo de la

tienda me parecía un universo paralelo:
no veía, no escuchaba apenas a

los clientes ; los libros eran como
objetos casi virtuales que habían

perdido su función.

Ejecutaba todas las rutinas obligatorias (cobrar, embalar...) como si mi

cuerpo ya estuviese con él en el Hotel
Amour, en aquella habitación

15 que Adrien me indicaba en su
mensaje ; no en la tienda, con ese cliente

que me pedía un texto de Georges
Bataille o ese grupo de chicas que

buscaban un regalo para una despedida
de soltera. Me preguntaba si mi

ausencia sería visible, perceptible ; si
esos hombres, esas mujeres que no

conocía podrían adivinar hasta qué punto yo era presa del deseo, con qué

intensidad todos mis sentidos me arrastraban hacia Adrien. Pasara lo que

pasara, a las ocho cerraría la librería, atravesaría París para llegar al Hotel Amour y me reencontraría con Adrien Rousseau.

Eso era todo en lo que podía pensar. Nada más me importaba. Miraba la

hora cada diez segundos y procuraba que las conversaciones con los

clientes más habladores no se eternizaran. Estaba acabando de cuadrar

la

caja del día cuando recibí un e-mail de Fabien:

fabiennmalcon@hotmail.com >
alicedharfeuil@gmail.com

Querida Alice:

¿Todo bien?

La cobertura aquí donde estoy, cerca de Pearly Beach, es pésima.

Salimos ahora a dar un paseo pero te quería avisar antes de que el

fotógrafo Dani Olivier llegará mañana a

primera hora para preparar una

exposición. Se trata de un reportaje que te gustará, estoy seguro, sobre los

asiduos de Central Park, en Nueva York. Dani irá directamente del

aeropuerto y él te lo explicará todo.

Mucho ánimo, cariño. Te envío un

montón de besos.

Fabien

Dani Olivier. Nueva York. Central Park. Todo me sonaba tan

confuso y distante... Eso era al día

siguiente, es decir, después del Hotel

Amour, después de aquella tarde. Por lo tanto, me resultaba imposible

imaginarlo, ya que mi mente tenía como único horizonte la noche que me

esperaba. Solo retuve que tenía que llegar temprano por la mañana e

informarme un mínimo de aquel fotógrafo del que jamás había oído

hablar.

Había llegado el momento de irse. Me maquillé un poco, pero no

demasiado. No podía competir con Camille ni con la mujer pelirroja que había acompañado a Adrien. Tampoco quería entrar en la categoría de mujeres inaccesibles que dominan sus armas de seducción. Me puse brillo de labios, destacué mis mejillas con un poco de colorete y luego extendí sobre mis párpados un toque de sombra ligeramente nacarada. Yo quería que él se diera cuenta de mis esfuerzos, de mi voluntad de seducirlo, a pesar de que estaba lejos, muy lejos, de

tener la experiencia de las mujeres

que él había conocido. Al menos, eso era lo que yo pensaba. Adrien me

diría, horas más tarde, que para que una mujer posea el don natural de la

seducción no puede ser consciente de ello. Hay códigos que solo ciertas

mujeres poseen en secreto, sin saberlo, y despiertan la envidia de las

mujeres más experimentadas. Eso era lo que Adrien creía y que yo aún

desconocía.

Por fin eran las ocho. Cerré la librería y me tomé un momento para

reflexionar de cara al espejo, que me devolvió la imagen de una mujer

enamorada y consumida por el deseo. Quería complacerle, pero estaba

segura de no tener los conocimientos para ello. Sobre todo, no tenía ni

idea de los gustos de Adrien, sin duda mucho más sofisticados que mi

vestidito negro un poco ceñido y mis sandalias de estilo indio. Era una

ropa que me había puesto varias veces y

con la que me solían piroppear, lo cual me tranquilizaba. Me habían dicho que me marcaba bien la forma del culo. Era el conjunto que había llevado en los eventos más emotivos de mi vida en los últimos meses.

Quería prolongar un poco más el tiempo que me separaba de él, así que opté por ir en bicicleta. La temperatura era cálida y aún era de día en

París. Quería reunir el mayor número posible de elementos que poder

convertir después en hermosos recuerdos. Iba escuchando música con mis

auriculares, seleccionando canciones que daban ritmo a mis pedaladas. A

partir de entonces, me dije a mí misma, esa música siempre me recordaría

a esa noche. Queen, Radiohead y Adele me acompañaron en el camino a

la calle Navarin, donde Adrien me esperaba en el Hotel Amour. Tuve que

cruzar todo el barrio de la Ópera, que me encantaba, sobre todo por el

Museo de la vida romántica. Llegué al hotel. Entré torpemente,

impaciente y asustada. ¿Íbamos a charlar antes? ¿A tomar una copa? ¿A

hacer el amor nada más llegar? ¿Me volvería a tratar de usted,

hablaríamos de mi retrato? Todos los posibles escenarios se

entremezclaban en mi cabeza.

No estaba nada acostumbrada a los grandes hoteles parisinos. Solo

había pasado algunas tardes en uno, años antes, con un profesor casado.

Aún así, estaba tranquila.

—Buenos días, la habitación 15, por favor.

—¿A qué nombre? —me respondió la recepcionista.

¿Habría dado Adrien Rousseau su nombre? No sabía qué

responder. En ese momento llegó el que parecía el jefe de la recepcionista.

—¿Busca a Adrien, a Adrien Rousseau? Normalmente, prefiere que

le esperen en el bar de la terraza.

Así que era un cliente frecuente. Ese descubrimiento me sumió en

un terrible malestar hasta que llegó Adrien, sin aliento, con un libro en la mano.

—Henri, haz que nos suban dos Bellini a mi habitación, por favor.

Me cogió por la cintura y me indicó que le siguiera. Me

reencontraba con su voz, con la suavidad de sus gestos, con la sensualidad

de su boca. Mi excitación era más que

evidente. Me sentía ridícula.

—Sígueme, Alice. Tenemos mucho que contarnos.

El enigma continuaba. Volvía a tratarme de usted. ¿Habíamos

quedado para hablar del artículo y del lanzamiento de su libro? En ese

caso, mi vestido estaba totalmente fuera de lugar, lo mismo que mi

maquillaje.

¿Y por qué parecía Adrien tan habituado a este hotel? ¿La habitación le

hacía las veces de oficina? Preguntarle todas esas cuestiones hubiera sido

una total falta de educación por mi parte, así que decidí no exteriorizar

mis inquietudes y poner en pausa el interrogatorio natural que me

impulsaba en la vida, especialmente en la redacción de mis retratos.

Porque, al fin y al cabo, escribir un retrato contiene, en esencia, una dosis

de interrogatorio y de cuestionario. Se interroga, se plantean cuestiones.

La pregunta es a menudo más importante

que la respuesta, estaba

convencida. Y mis preguntas podían arruinar ese encuentro, que tanto

anhelaba. Ya me haré las preguntas luego, me dije. Quería saborear el

momento sin un ápice de tristeza.

Llegamos a la habitación 15.

—Alice, tengo un regalo para usted.
Ábralo antes de entrar.

Era una caja bastante grande, envuelta en un papel rojo muy bonito.

Yo estaba fascinada con el regalo y lo estudié al detalle intentando

averiguar algo, pero no ofrecía ninguna información. Empecé a abrir la

caja. Contenía un par de zapatos de salón con corazones en los tacones.

Me sorprendí al ver que eran de mi talla. Me quedaban perfectos.

—Pero... ¿Cómo lo ha adivinado?

—Siempre me fijo en los pies de las mujeres. Dicen mucho sobre el

resto de su cuerpo... y sobre tantas otras cosas.

Las mujeres, siempre... De nuevo entraba en un discurso general,

ese *siempre* me indicaba, una vez más, que yo tan solo era una mujer más entre tantas, cuyos pies observaba y a las que invitaba a esa habitación. Y,

sin embargo, desde que le había conocido, en mi mente solo él tenía

cabida. Se había convertido en el único, en lo único. No sabía qué decir.

—Gracias, Adrien.

—Póngaselos.

Seguí su orden, igual que después acataría todo lo que estaba por

venir. Adrien todavía no me había

besado ni había demostrado que tuviera ganas de volver a verme.

—Espere un momento antes de desvestirse.

Dirigía la escena con una precisión absoluta. Henri, el barman,

llamó a la puerta. Adrien le abrió y Henri le susurró algo al oído. Bajé la

mirada. Las risas ahogadas entre ellos revelaban una gran complicidad,

mucho mayor que la nuestra. Adrien ni siquiera me había dedicado aún

una sonrisa.

—Ahora sí, desnúdese, Alice. Quíteselo todo menos los zapatos

—me dijo, mientras me ofrecía un Bellini, tan rojo como el tacón de los zapatos que me había regalado.

Así lo hice. Estaba desnuda. Él estaba completamente vestido,

tumbado sobre la cama, con la copa en la mano, contemplándome con una autoridad solemne.

—Gírese hacia mí y abra las piernas.

No. Más, quiero ver su sexo,

todo su sexo. Quiero sentir desde aquí su coñito. Déjeme verlo todo. Soy

escritor, todos los detalles cuentan. Son lo único interesante, los detalles ; estará de acuerdo conmigo, Alice, ¿no es así? Si no, un retrato se

parecería a otro retrato y un coño se parecería a otro coño. Es exactamente

lo mismo. Pues demuéstreme que lo entiende. Con los dedos, separe bien

los labios de su sexo y déjeme ver todo lo que hace que su coño sea

diferente. Y, sobre todo, sobre todo, Alice, no se quite los zapatos.

Yo no me esperaba tal frialdad, pero obedecí las órdenes de Adrien.

Su rostro había cambiado. Tenía la impresión de estar conociéndole por

primera vez. Pero no: a través de sus expresiones, me reencontraba con el

hombre que había acorralado a su correctora en el desván de la librería

Los Sentidos, durante la presentación de su novela *Belleville en abril*.

—Muy bien, Alice. Ahora, mastúrbese.

No, no cierre las piernas.

Déjelas bien abiertas. Suéltese el pelo, quiero ver cómo su largo pelo le

roza esos pechos tan bonitos. Sí, así.

Ahora, continúe, tóquese. Sí, como si

yo no estuviese aquí y usted estuviese sola, presa de una fantasía

irrefrenable.

Adrien no podía adivinar que de hecho él era *mi* fantasía, el único

hombre al que había deseado de ese modo, con ese fervor y esa obsesión.

—Alice, no se corra, no todavía, no sin mí. ¿Está mojada? ¿Su sexo

está preparado para lo que viene a continuación? No me decepcione, por

favor. Entramos en el juego de los detalles y, le repito, eso es lo único que

cuenta para mí. La clave del estilo se basa en los pequeños detalles, sin los

que este momento que estamos viviendo no tendría ningún interés.

Me dolía cada una de sus palabras, el miedo a decepcionarle

consumía toda mi energía. Ya no podía

ni sentir mi propio deseo, porque

mi única motivación, que nublaba mi mente, era el ansia por satisfacerle.

Me había convertido en un objeto. Su objeto.

—¿Le parece que estoy empalmado, Alice? ¿Cuál es su opinión

sobre el tema?

Me encontraba desnuda, con las piernas abiertas, despojada de toda

capacidad de discernir. ¿Era una pregunta? ¿Esperaba una respuesta de

mí?

—Me empalmaré del todo cuando su
coño esté mojado, realmente

mojado. Quiero que sea sincera.

Libérese de todas las ataduras, de todos

los límites que le impiden ser la mujer
que ya debería ser en la vida. Le ha

cambiado la cara. Ya no es la misma. Su
timidez e inocencia ya no tienen

cabida aquí. Quiero ver a la verdadera
Alice.

Así que tenía que darme placer. Nunca
lo había hecho delante de

un hombre. Me resultaba un tanto violento, ya que aquella postura no me

parecía ni cómoda ni natural. Pero continué, dejando a un lado mi propio

deseo para no escuchar más que el suyo. Estaba a punto de llegar al

orgasmo. Él se dio cuenta y me dio nuevas instrucciones.

—Ahora, Alice, venga a la cama, a mi lado. Túmbese boca abajo,

con las nalgas frente a mí. Quiero contemplarla entera, quiero verlo y

saberlo todo de ese culito. Estírese y

separe las muslos, muéstreme las
nalgas, sí, así, deme lo mejor de ese
culito tan redondo.

Boca abajo, no veía ninguna de las
reacciones de Adrien, pero
adiviné que estaba masturbándose.

—Ahora quiero que arquee la espalda y
levante el culo. Flexione

ligeramente las rodillas, lo suficiente
para que le pueda acercar mi sexo,

para que sienta el deseo de explorarla.

Con los brazos estirados hacia delante y

el culo en pompa, me

encontraba en una postura inequívoca.

—¿Está mojada, Alice? No me decepcione... ¿Está preparada para recibirme? ¿Está segura?

No me dio tiempo de responder. Su sexo, duro y grueso, ya estaba

en mí, con una brutalidad que contrastaba con nuestro primer encuentro

amoroso en la librería. Habría podido correrme en cualquier momento,

pero no sabía qué esperaba Adrien de mí. El dueño del deseo era él y solo

él. No era cuestión de dejarme llevar, por nada del mundo, sino de anular

mi voluntad para que se fundiera con la suya. Era evidente. Por fin había

entendido la finalidad de aquel encuentro.

Me penetraba con fuerza, pero fríamente. Su sexo era el único

punto de contacto entre nuestros cuerpos, ya que ninguna caricia

acompañaba sus movimientos, cada vez

más y más potentes. Después, sus dedos me recorrieron la cintura hasta llegar a la raya entre mis nalgas. Las acarició con un dedo y luego dos, con los que penetró mi ano mientras su sexo continuaba entrando y saliendo del mío. Intenté que los quitara, pero él impedía de inmediato todos mis movimientos.

—Alice, ya se lo he dicho, no me defraude. Sin tabúes, sin límites.

Si se aferra a las ideas transmitidas, concebidas por los demás, se

convertirá en una mujer insulsa y aburrida. A su cuerpo le gusta esto, le encanta que mis dedos se hundan en su hermoso culo. Ya es hora de que su mente vaya al unísono con su deseo. Escriba cómo le hago amor. En este preciso momento, le estoy dando una lección de estilo. Libérese del estilo enjaulado, alienado por las normas que otros han forjado para usted. Invéntese sus propias reglas. El deseo, como el estilo, necesita una libertad sin corsé.

Fue mientras pronunciaba esa última frase cuando su sexo se tensó

aún más para correrse en mi culo.

—Sodomía, masturbación, coño... En el sexo, como en la literatura,

no hay palabras prohibidas. Ya puede quitarse los zapatos, Alice.

2. La importancia de los detalles

Acababa de ver la otra cara de Adrien.

—Póngase esto y acérquese —me ordenó, a la vez que me ofrecía

una copa y su camisa.

Me la puse. Volvía a sentir su aroma en mi piel.

—Bebamos por este bello momento en el Hotel Amour y por su

retrato, que mañana se publicará en *Le Monde des Livres*. Aquí tiene el cheque del redactor jefe que Camille me dio para usted. Estoy seguro de

que le hará mucha ilusión, Alice.

No. Nada de aquello me hacía ilusión en absoluto, porque en cada

palabra de Adrien veía carencias: carencia de amor, carencia de dulzura...

Y, sobre todo, veía la presencia inquietante de Camille, como una amenaza que se cernía sobre nosotros. Debería haberme sentido en la gloria, celebrar mi primera publicación con mis amigos, con Fabien y los demás, rodeada de brindis y carcajadas. Sin embargo, me embargaba una especie de triste placer. Me hubiera encantado que Adrien me tomara entre sus brazos y me felicitara, sin Camille y sin esa frialdad. Hacer el amor nos había separado, nos había

distanciado como jamás me hubiera
imaginado que fuera posible.

—¿Tiene hambre, Alice? Me apetece un
club sándwich. En Le

Dauphin, aquí al lado, los hacen
deliciosos. Luego pediré un taxi para
que

la lleve a casa.

Ya estaba todo dicho. Era evidente,
tenía la costumbre de cenar en

el mismo restaurante después de haberse
acostado con todas las que

acudían a esa habitación número 15.
Adrien dictaba las pautas y los

límites de nuestro encuentro. Iríamos a
cenar y después tendría que volver

a casa, a pesar de que yo hubiera
querido seguir disfrutando de su cuerpo

toda la noche y dormirme sobre sus
hombros.

Sonó mi teléfono. Le comenté a Adrien
que seguro que era una

llamada relacionada con la librería.

—Sí, soy yo. ¿Dani Olivier? Hola, Dani.
Sí, no se preocupe, Fabien

ya me ha avisado de su llegada. Le espero mañana a las ocho de la

mañana, en el Café des Penseurs, perfecto. Gracias, estupendo. Estaré encantada.

Me había olvidado por completo de la exposición de Dani Olivier

al día siguiente. Me parecía que estaba a años luz de lo que ocupaba mi

mente en ese momento, pero al menos me mantendría ocupada y eso me

ayudaría a estar un poco menos triste cuando recordara esa noche.

—¿Con quién hablaba, Alice? ¿Dani, Dani Olivier, el fotógrafo?

¿Va a ir a la librería mañana?

Me pareció percibir, por primera vez, cierta fragilidad en su voz,

una especie de grieta en su férrea seguridad. Eso me hizo recobrar algo de

fuerzas y de voluntad. Me di cuenta de que con Adrien todo se reducía a

un juego de poder y que mi única salida era jugar con las mismas cartas

que él. Traté de identificar la naturaleza de esas primeras grietas.

—Tengo una cita con él mañana por la mañana, para preparar su

exposición. Dani es un gran amigo de Fabien. Ha publicado un libro sobre

los rostros habituales de Central Park —añadí—. Es un evento para la

librería, Fabien me ha dicho que su libro de fotografía es sublime. Mañana

lo descubriré.

De repente, me sentía mucho menos vulnerable que antes.

—¿Parece que le conoce? —le pregunté.

—Sí, le conozco bien, bueno, le conocía bien. Dani Olivier es uno

de los mejores fotógrafos de su generación. Era reportero antes de

lanzarse a sus... quiero decir, a su obra. Camille publicó sus primeras

colecciones de fotos.

Sentí que no me lo estaba contando todo, que su historia contenía

lagunas.

—Olvidémonos de Dani Olivier, vamos a cenar, me muero de

hambre. Complázcame, póngase los tacones y quítese las bragas. Quiero

sentir su culo desnudo cerca de mí —me dijo con una sonrisa.

Hice lo que me pidió. Estaba incómoda por no llevar ropa interior,

con esos zapatos que habían acompañado aquella dura sumisión a él, a su

cuerpo, a su deseo. Mientras salíamos, Adrien saludó a los propietarios y

al personal con la misma familiaridad de antes. Estaba como en su casa en

el Hotel Amour. El recepcionista no se sorprendió al vernos devolver la

llave tan rápido, daba la impresión de que era algo habitual con Adrien.

La evidencia me dolía. Esta vez sonó su teléfono y le oí susurrar el

nombre de Dani Olivier, sin duda era Camille quien estaba al otro lado de

la línea. ¿Era mi deseo, tan fuerte y apremiante, la causa de que todas las

actitudes y palabras de Adrien me resultaran tan dolorosas?

Llegamos a Le Dauphin, un restaurante

que reunía todos los

requisitos de un local de moda y que seguro que Adrien había descubierto

a través de un artículo seleccionado por Camille. Un lugar *in* al que había que ir, que había que descubrir, en el que dejarse ver... Ese era un mundo

desconocido para mí, ya que siempre quedaba con mis amigos en unos

pocos puntos de reunión llenos de historia para nosotros, sin preocuparnos

por los códigos de la moda. Aún así, me encantó la belleza del local. Me

dio por pensar que todo en el mundo de Adrien debía cumplir esos

requisitos y esa necesidad de perfección.

—Alice, no lleva bragas, ¿me lo promete? Voy a comprobarlo.

Esos zapatos de tacón le quedan muy bien. Vamos a pedir...

Parecía que tuviera prisa. Yo, sin embargo, quería que ese

momento, por más humillante y triste que fuera, durara lo máximo

posible. Y me odiaba a mí misma por

mendigarle afecto a una presencia vacía.

El camarero se acercó y reconoció a Adrien. Casi me había olvidado de

lo famoso que era como escritor, desde que solo pensaba en él como en un

hombre.

—Alice, ¿qué quiere tomar? Le recomiendo el club sándwich, uno

de los mejores de París.

Pedí una ensalada. ¿Para qué más? Tenía un nudo inmenso en el

estómago. En cambio, él estaba muerto de hambre. Devoró el sándwich en

unos pocos bocados, casi sin pronunciar palabra. Yo no quería dar una

imagen aún más frágil por no tener apetito, así que me esforcé por comer

alguna hoja de lechuga mientras veía que mi cuerpo se distanciaba

gradualmente del suyo. Adrien pidió vino, me sirvió una copa, luego otra.

Yo conocía de sobra qué efectos tenía el alcohol en mí cuando estaba

triste o cansada, a menudo lamentables:

podía lanzarme a los brazos de un hombre que acaba de conocer y acostarme con él o echarme a llorar. En cualquier caso, no era prudente aventurarme por esos caminos esa noche, con él.

Adrien apenas hablaba. Le observé mientras engullía el último bocado de su sándwich. Parecía que, para él, solo contaba la necesidad de sentirse satisfecho. Cuando su plato estuvo completamente vacío, dejó la servilleta

sobre la mesa y la tiró adrede al suelo.
Me miró fijamente, con una

atención renovada que me paralizó.
Acercó su boca a mi oído, en lo que
fue su primer gesto tierno conmigo
aquella noche, para susurrarme:

—Alice, voy a recoger la servilleta del
suelo. Y usted, usted va a

abrir bien las piernas, como antes, para
demostrarme que no lleva bragas.

Mi tristeza se mezclaba con excitación.
Adrien se agachó para

acercarse a mi sexo, desnudo como él

me lo había pedido. Recogió su

servilleta y después tomó un camino inesperado: disimuladamente,

adentró un dedo en mi vagina y su lengua se posó por unos segundos

sobre mi clítoris. Nada podían sospechar los clientes sentados a sus

mesas, a nuestro alrededor. Me sentía indefensa, humillada, pero a la vez

llena de un deseo insaciable cuya naturaleza desconocía. Adrien me

privaba de todo entendimiento, le deseaba de un modo que me hacía

perder la lucidez.

Volvió a dejar la servilleta al lado de su plato para indicar que la cena

había terminado y pidió la cuenta. No buscó ningún pretexto, no se

inventó ninguna cita imaginaria para despedirse de mí. Mi voluntad y mi

deseo no contaban para nada, solo él podía decidir el transcurso de esa

noche. Adrien se llevó los dedos a la nariz para oler mi sexo. Me pareció

más hermoso y deseable que nunca.

—Alice, recuerde bien los olores, el tacto de una piel y la

embriaguez de una sonrisa en sus retratos y llegará lejos. Nunca olvide

esos pequeños detalles. Aquí viene un taxi. Estaré orgulloso de leer su

retrato mañana, en *Le Monde des Livres*. Muy orgulloso. Ya hablaremos.

Pero, sobre todo, no se fíe de Dani Olivier, o corre el riesgo de que sus

imágenes la desvíen de su trayectoria. Que duerma bien, Alice, —me dijo,

mientras me cerraba la puerta del taxi.

El taxista me preguntó si me molestaba la música. Escuchaba *Les*

Nuits sans Kim Wilde de Laurent Voulzy. Rompí a llorar. Me tragaba las lágrimas con el único deseo de contárselo todo a Fabien. Y también de encontrar las fuerzas para no volver a ver jamás a Adrien Rousseau.

Estaba segura de que su prisa era por reencontrarse con Camille.

3. Soledades de Central Park

alicedharfeuil@gmail.com >
fabienmalcon@hotmail.com

Querido Fabien:

¿Por qué estás tan lejos? Odio esta distancia y odio a Sudáfrica, ese

país que te aleja de mí. Acabo de vivir la noche más humillante de mi

vida. Tú me habías avisado, me habías prevenido acerca de Adrien

Rousseau. Pero ya sabes cómo es: las palabras y las advertencias no

tienen nada que hacer contra el deseo, contra ese poderoso deseo que

nubla el sentido común y elimina toda prudencia. Esta noche me he

convertido en un objeto, aunque para mí haya sido una historia de amor.

Quiero decir (y tú me conoces bien, sabes que rara vez digo esto) que me

he enamorado de Adrien en las horas que hemos pasado juntos en tu

librería. No es un flechazo, no... Se trata

de algo mucho más profundo. Es

una obsesión. Mi alma está presa en un cuerpo que no puede pensar en

nada más que en él.

Fabien, ¿qué voy a hacer ahora?

Ya no existe nadie más para mí.

Y estoy tan perdida...

Besos,

Tu Alice.

Le envié este e-mail lleno de angustia a Fabien ignorando la hora

que podía ser allí. Lo que sí sabía era que el hecho de haber escrito esas

palabras aligeraba de algún modo la tristeza que se había instalado en mí.

No podía pensar en otra cosa que no fuera Adrien: “Ahora mismo le

estará contando parte de su noche a Camille”, “seguro que está otra vez

con la pelirroja”, “quizás él esté escribiendo, mientras yo me lamento

frente al ordenador”. Y, sobre todo, “sin duda, Adrien no estará pensando

en las horas que acabamos de pasar,

unas más entre tantas otras”. Iba a

acostarme cuando recibí un mensaje:

Mañana será un gran día para usted,
Srta. Alice d’Harfeuil: su

artículo en un suplemento de *Le Monde
des Livres*. Que duerma bien. A.

Rousseau

Me quedé dormida tras haber leído una
docena de veces su

mensaje. Adrien tenía la delicadeza de
informarme de la publicación,

pensaba en mí antes de irse a dormir. Al

menos un poco. Creí que eso me

calmaría hasta el día siguiente, pero me desperté al poco empapada en

sudor, pensando que, después de todo, si ese artículo era el único vínculo

entre nosotros, una vez publicado tendría pocas oportunidades de volver a

verle, estaba claro. Esa explosión de emociones me impidió volver a

coger el sueño. Fabien debió sentirlo, desde el otro lado del mundo, y

envió un correo que recibí en plena noche.

fabienmalcon@hotmail.com >
alicedharfeuil@gmail.com

Querida Alice:

Sé que estás pasando un tormento.

Apenas conoces a Adrien

Rousseau y por eso te obsesiona. No es casualidad, él tiene ese poder

sobre las personas, especialmente sobre las mujeres. Pero eso no es amor,

Alice. Todo menos eso. Lo entenderás cuando el hechizo se haya disuelto.

El amor protege, el amor eleva... no entristece, no te hunde ni te debilita.

El retrato que te van a publicar te abrirá muchas puertas, también aquí se

habla de ello. El mundo editorial es pequeño, pero el eco de tu éxito es

potente. Rodéate de buenas personas: Paul, Marie y (ya lo verás) Dani,

que es un gran hombre. Su presencia te vendrá bien.

Alice, estoy ahí contigo, aunque esté lejos. Te quiero mucho, ¡tanto!

Fabien.

Dani Olivier me esperaba en la librería.

Me había costado despertarme. La elección de mi ropa se había guiado simplemente por la necesidad de aportarle algo de color a mi cara, pálida y cansada. Elegí un vestido rojo al que añadí como cinturón un pañuelo de seda que Fabien me había traído de Perú. Tenía tanto sueño que necesitaba un conjunto así de alegre para animar mi aspecto. Mi cara denotaba preocupación, preocupación por no volver a verle, y se notaba.

Incluso mi rostro me recordaba a él,

porque me hablaba de su ausencia.

Cogí la bicicleta y llegué a la cafetería de Paul para tomar un café. Me

recibió con aplausos.

— *Plas, plas plas*, enhorabuena, cariño.
¡Tu artículo es una locura!

Sale en portada y ocupa tres páginas en el interior. ¿Fabi está al corriente?

¿Y tus padres?

Mis padres evitaban, desde hacía mucho tiempo, hablar conmigo

sobre a qué me dedicaba. Les

preocupaba mi inestabilidad laboral.

Para

ellos, lo que hacía no era en ningún caso un “trabajo real”. Ni siquiera se

me había ocurrido contarles lo del artículo. La pregunta de Paul me hizo

darme cuenta de lo ausente que estaba.

Por primera vez en mi vida, una

gran revista publicaba uno de mis retratos y, sin embargo, sentía un peso

inmenso en el corazón. Lo único que me importaba era la perspectiva de

volver a ver a Adrien y oler el perfume

de su piel. Qué ridícula me sentía.

Devoraba el desayuno que Paul me había traído —café, huevos revueltos

y tostadas con miel— mientras él mostraba mi artículo a todos sus

clientes. Debería haber sido un momento de júbilo, pero era todo lo

contrario. Mi mente no estaba allí. La llegada del fotógrafo Dani Olivier

interrumpió mis pensamientos.

El hombre que entró en la cafetería parecía sacado de un reportaje

de guerra. Personificaba la imagen típica del fotógrafo: cargaba un enorme bolso bandolera en la mano y una raída mochila a la espalda de la que sobresalían objetivos, llevaba barba de tres días y la camisa arrugada.

Tenía la mirada cansada, pero le dedicó una amplia sonrisa a Paul cuando se dirigió a él.

—Buenos días, estoy buscando a Alice, Alice d'Harfeuil... —le dijo, en un tono suave.

—Buenos días, Dani, yo soy Paul.
Fabien me había avisado de su

llegada. Creo que le sentará bien un
café.

Dani Olivier era de una belleza
generosa. Tenía el cabello rubio y

ondulado, la piel bronceada y una
mirada ligeramente perdida, a la

manera de los miopes. Había ciertos
detalles en él que revelaban su

pertenencia al mundo de los artistas
modernos, a los que yo siempre

imaginaba en los barrios emergentes,

descubriendo antes que nadie los

lugares de moda de las grandes ciudades. Dani se tomó su café con placer

y Paul le sirvió una segunda taza. Pensé que era el momento adecuado

para intervenir.

—Dani, soy Alice. Bienvenido a París. Estamos encantados de

tenerle aquí. Esperamos que venga mucha gente a la librería esta tarde.

Probablemente tendrá ganas de descansar un poco, ¿verdad?

—Encantado, Alice. Fabien me ha hablado de usted. Él me hizo

una reserva en un hotelito cerca de aquí, en la calle Beaumarchais. Iré a

dejar mis cosas y darme una ducha antes de saltar a la arena y enfrentarme

a los leones. ¿Le parece bien, Alice?

Paul me lanzó una mirada para indicarme que debía —estaba entre

mis obligaciones— acompañarle al hotel.

—Paul, le veré esta tarde, vendrá también, ¿verdad? —se despidió

el fotógrafo.

Así que acompañé a Dani. Tenía la impresión de ser un agente

especial escoltando a un exiliado que no pertenece a ningún país. Un

aventurero. Eso me divertía. Comprobé en los ojos de las mujeres con las

que nos cruzamos (y de los chicos de aquel barrio gay) que Dani tenía el

atractivo propio de su profesión, del hombre que ha explorado lo

desconocido y que ha viajado a territorios ignotos. Poseía el aura de un

descubridor. Era un tipo de encanto completamente diferente al de Adrien, con el que parecía que París le pertenecía.

—Debe tener mucho que hacer, Alice. No hacía falta que viniera

conmigo. Pero bueno, ya que está aquí, espero que su buen ojo me ayude

a elegir las mejores fotos. Usted conoce la librería donde se expondrán

mejor que yo.

Solo escuchaba la mitad de lo que me decía. Esperaba ansiosa un

mensaje de Adrien, una señal, algo.
Diciendo... ¿qué? No esperaba nada

preciso, tan solo alguna certeza de que
seguía existiendo algo entre

nosotros, que volvería a verle. Era todo
tan confuso...

—Habitación 26, a nombre de Olivier
—anunció Dani.

Qué situación tan extraña. Unas horas
antes, yo era una mujer

esperando a un hombre en un hotel, el
Hotel Amour. Un hombre que se

había apoderado de todos mis deseos.

Deben tomarnos por una pareja, me dije a mí misma en un

momento de lucidez. La mayoría de las veces, si un hombre y una mujer

entran juntos en un hotel es porque están juntos, con todas las

posibilidades que la palabra “juntos” puede contener. Pero ese no había

sido el caso con Adrien y tampoco con Dani Olivier. No tenía ni idea de

qué hacer en ese momento, si debía esperar a Dani o no hacía falta. Él se

adelantó.

—Alice, voy a subir a darme una ducha.
Me gustaría que, mientras

tanto, realizara una selección de las
fotografías que quiere exponer en el
escaparate. Fabien me ha dicho que
tiene muy buen ojo.

La frase me hizo sonreír. Subí con él,
imaginando que, al igual que

yo misma en el hotel de la noche
anterior, habría otras mujeres subiendo
esos escalones, embriagadas de deseo.
Estaba ensimismada con esos

pensamientos mientras Dani me

observaba.

—Alice, tiene la mente en otro lugar.
¿En qué país? Me lo puede

contar. Quizás lo conozca, creo haber
viajado por prácticamente todos.

El humor de Dani me sentaba bien, pero
yo seguía presa de mi obsesión.

Comprobé que mi teléfono seguía
funcionando y, sobre todo, si me había

llegado algún mensaje de Adrien. Pero
no, nada, solo una llamada perdida

de mi amiga Marie.

Una vez en la habitación, Dani sacó su ordenador para mostrarme

todas las fotos que podríamos colgar. Contenían un centenar de personajes

habituales de Central Park. La colección tenía un título que me encantó:

Soledades de Central Park.

Había retratado un año de encuentros con hombres y mujeres de

todas las edades en Central Park, mientras vivía en Nueva York. En

algunas, se veía a corredores y ciclistas, personas que se olvidaban de

todo consumiendo energía. A la vez, en ese mismo espacio, en otras fotos

se alzaba casi paralelo otro mundo: el de las parejas de enamorados, las

madres atentas e hipnotizadas por sus bebés, las ancianas sentadas en

bancos como congeladas para la eternidad y todos los seres que vagan por

la vida en sus facetas más duras. Me daban ganas de conocer la historia de

cada una de esas caras, de escribirles retratos. Dani sabía desvelar una

parte del misterio, pero solo una parte:
sus fotos estaban muy lejos de ser

reveladoras. De hecho, parecían
compuestas por signos proporcionados

para crear con ellos una historia. Una
anciana, una hermosa chica rubia

comiendo alguna delicatessen en una
cajita blanca, una pareja de gays

patinando, un hombre muy elegante, sin
duda saliendo de su gran

apartamento con vistas al Metropolitan...
En cada foto, se escondía una

posible historia que adivinar o inventar

por cada mirada.

Entonces me fijé en la foto de un hombre abrazando a una mujer morena

por los hombros. El hombre tenía los brazos de los personajes de Picasso:

voluminosos, generosos, envolventes.

Era un hombre con cuerpo de

judoka, fuerte, que resultaba imponente en esa postura tan cariñosa. Esa

mujer le pertenecía. Él la amaba y todo su cuerpo lo expresaba. Ella le

pertenecía por completo, en un abandono que me emocionó. En la

tranquilidad de Central Park, un hombre
envuelve a una mujer con su

amor. Y resulta tan evidente... No
llevaban alianzas ni eran ya tan

jóvenes. Parecía que se conocían desde
hacía mucho tiempo, que habían

debido superar alegrías y turbulencias.
Ese abrazo lo decía todo.

No pude seguir viendo fotos después.
Esa imagen me había traspasado el

alma, porque ese hombre y esa mujer
ejemplificaban todo lo que yo no

había vivido, eso a lo que todos

aspiramos: un amor puro y bello. Sin artificios y resumido en ese abrazo. Tan diferente, me dije, de lo que me ataba a Adrien y que, sin embargo, acaparaba mi mente por completo.

Ya no se oía el ruido de la ducha. Dani apareció con un aspecto distinto pero a la vez muy cercano al del aventurero que acababa de conocer: llevaba una camisa blanca, un pantalón negro y una chaqueta simple. Sin lugar a dudas, su traje “de faena”, que le salvaba en todas las

ocasiones en las que no estaba haciendo un reportaje en algún rincón

perdido del mundo y debía hacer el esfuerzo de arreglarse. Aún tenía el

cabello rubio mojado, era evidente que se había dado prisa para no

hacerme esperar. Dani era atento, lo comprendí de inmediato. Me observó

mientras yo seguía mirando la imagen de la pareja.

—¿Le gusta?

No sabía cómo responderle, cómo explicárselo. Esa foto me había

producido un impacto enorme y vertiginoso. No, esa foto no me gustaba, esa no habría sido la palabra justa en absoluto, ni la respuesta correcta.

Esa foto me removía por dentro, me sacudía las entrañas. Me daba ganas de llorar. Me mostraba un horizonte que jamás alcanzaría, porque todo en mi vida era volátil, tan frágil y sin ataduras... Esa imagen representaba la vida que pensaba que nunca tendría. Mi corazón estaba habitado por

Adrien, un hombre incapaz de darse a

una mujer como hacía el hombre de

la foto. Pero tenía que decirle algo a Dani, dar mi opinión.

—No sé cómo expresarlo, pero esta imagen me llega al fondo del corazón.

Inmediatamente, me sentí estúpida. ¿Cómo le iba a hablar de algo

íntimo a alguien que apenas conocía? Esas cosas no se decían, no se

hablaba de ese modo en un entorno profesional, en el que había que

marcar la distancia y controlar las emociones. Los estados de ánimo se

revelaban a un psiquiatra, a un terapeuta, a una esteticista ; pero no a un

desconocido, al que quizás le resulte incómodo o incluso obsceno. Pero

ese no era el caso de Dani.

—Quería esta foto en la portada de mi libro, pero luego cambié de

idea. Prefiero que el lector la descubra durante la lectura, no enseguida.

La tomé una mañana, tras pasar una noche muy agitada, quiero decir,

agitada emocionalmente con una mujer a la que acababa de dejar, y me

encontré cara a cara con este hombre y esta mujer. No había dormido en

toda la noche, había bebido y me llamó la atención la dulzura que les

envolvía. Fue para mí como una curación, una reconciliación con la vida.

Me olvidé de todo mi enfado y todo mi dolor.

No me esperaba una confesión así. Me conmovió, aunque también

me hizo sentir un poco incómoda. Sonó

el teléfono, interrumpiéndonos.

Era Camille Pasoli.

—Hola Alice, ¿qué tal? ¡Qué éxito, su artículo! No se habla de otra

cosa. Debe estar contentísima. El mejor día de su vida, ¿no es así?

Escuche, Adrien va a ir a la Feria del Libro en Berlín y debería

acompañarle, la necesito para guiar a los periodistas porque su visión de

la obra de Adrien es exactamente lo que quiero promover. ¿Le tienta? Es

una oferta que no puede rechazar. Le
enviaré una propuesta económica

para esta... misión. La salida es el
sábado y la vuelta, el domingo por la

tarde. Y ya la dejo, Alice.

Yo no había dicho ni una palabra. No
me sentía para nada

preparada para aceptar un encargo en el
que tendría que volver a ver a

Adrien. Yo quería que él deseara verme,
besarme, hacerme el amor y

amarme. Era una idea ridícula. Entre el
Hotel Amour y los desconocidos

de Central Park, bajo la mirada de Dani Olivier, existía todo un mundo. Y

era obvio que yo estaba en el lado equivocado.

Dani se dio cuenta de no me encontraba bien.

—¿Qué le pasa, Alice? Parece que algo le ha importunado. ¿Malas

noticias? Le estoy haciendo perder el tiempo aquí, contándole mi vida,

cuando seguro que tiene muchas cosas que hacer en la librería.

La conversación con Dani era tan

sincera y sus fotos tan llenas de

todo lo que yo amaba que quería tener la valentía de contárselo todo: el

Hotel Amour, la escena debajo de la mesa, mi enamoramiento y la

horrible Camille Pasoli. Se lo resumí, explicándole:

—Era Camille Pasoli. Quería hablar acerca de un artículo mío que

ha sido publicado hoy en *Le Monde des Livres*. Y ofrecerme un trabajo.

No sé qué pensar...

—Ah —respondió Dani. ¿Su artículo?
¿Qué artículo? No sé nada

de usted. Me lo contará, ¿verdad, Alice?
El mundo es un pañuelo. Esa

mujer a la que dejé en Nueva York era
ella. Camille Pasoli. Acababa de

enterarme que me engañaba con
Rousseau. Adrien Rousseau. En fin,

vamos, Alice, vamos a preparar la
exposición.

Me estaba preparando para salir cuando
recibí un mensaje en el

móvil de una frialdad aterradora:

Prepárese para ir a Berlín. Cuento con su docilidad para seducir a

los periodistas. Para ello, le aconsejo meter los zapatos de tacón en la

maleta.

Cordialmente,

A.R.

4. Tumulto

Todavía faltaban varias horas para la inauguración de la exposición.

Tenía que estar lista a las seis de la tarde pero, mientras tanto, la vida de la librería seguía. Dani se quedó conmigo, inventando y contando historias

sobre las paredes de la tienda. Me encantó ver cómo sus imágenes

cobran vida en la librería. Hice algunas fotos, que envié a Fabien con

este mensaje:

alicedharfeuil@gmail.com >
fabienmalcon@free.fr

Fabien:

La otra noche, busqué Ciudad del Cabo en Internet y pensé que

seguro que eras feliz en esos interminables paisajes del fin del mundo. Me

alegra mucho saber que estás allí, enamorado y con Simon. Hace un clima

templado en París, ese que nos gusta tanto, cuando el verano se adueña de

las terrazas y dota a la ciudad de un aire

aún más dulce y sensual. Los

brotos florecen en los jardines de Luxemburgo, las mujeres sacan sus

vestidos de verano, los parques se llenan de estudiantes y enamorados...

Me apetece salir y celebrar estos días que se van alargando. Pero eso es

solo de cara al exterior porque, por dentro, me siento prisionera. Él me

obsesiona. Está en todos mis pensamientos. Afortunadamente, tu librería

me ayuda a liberarme. Creo que siento

el mismo amor por Los Sentidos

que por ti, aquí estás en cada rincón.

Dani Olivier acaba de llegar. Me encanta su colección de fotos *Soledades*

de Central Park, cada foto es en realidad un retrato, una historia con la que se podría hacer un libro. Y Central Park está compuesto de tantas

escenas de película... Su obra me conmueve muchísimo. Estamos

preparando la exposición y estoy segura de que te gustaría ver tu librería

con este ambiente tan neoyorquino.

Te envío algunas fotos de la exposición y también algunos fragmentos de mi artículo.

P. D.: Te echo de menos.

No me podía desahogar a gusto porque habían llegado las cajas con

los libros de Dani y tenía que colocarlos. Recibí varias llamadas de

teléfono de familiares, muy sorprendidos por el descubrimiento de mi

artículo. La verdad es que últimamente ya no estaba tan unida a mi familia

y en especial a mi mejor amiga, Marie.
Debía parecerles que todo lo que

hacía era en secreto, la librería ocupaba
la mayor parte de mi tiempo y

apenas sabían de mí. Las imágenes de
mi noche con Adrien reaparecían

como en flashes, paralizándome. Sus
dedos en mi sexo, sus manos

recorriéndome bajo la mesa y su mirada
glacial mientras me penetraba.

Los recuerdos venían a mí sin querer y
me transportaban a él, en un

torbellino de sentimientos que distaba

mucho de la pareja en la foto de

Dani.

Dani me propuso salir a comer un sándwich en casa de Paul, así

que cerré la librería por un momento. Esa pausa me sentó de perlas. Él

quería saber más.

—Paul me dio su artículo, es muy bueno. Me encanta su mirada,

llena de imágenes. Describe muy bien la naturaleza depredadora de

Adrien Rousseau. Da la impresión de

que le conoce bien...

No era una pregunta. Dani continuó.

—Él es, sin ninguna duda, el hombre que más daño me ha hecho en

la vida. Con el tiempo, también me he dado cuenta de que me hizo un

gran favor alejándome de Camille, que solo vive por el poder y el dinero.

Por eso no le puedo odiar por completo. Me pregunto cómo puede escribir

sobre el amor con un corazón tan seco... ¿Acaso podría un fotógrafo ciego

hacer fotos?

Sí, sin duda tenía el corazón seco. Pero también tenía esos cabellos

castaños, ese aroma en la piel y una sonrisa absolutamente encantadora...

y tenía esa pasión loca que despertaba en mí. Eso no se puede expresar.

Dani tenía razón, al igual que yo tenía razón al reconocer ese extraño

deseo que sentía por él. Era un deseo de una profundidad única, que iba

más allá de la atracción física o erótica. Para mí, lo que estaba en juego

era toda mi alma. Algo esencial en mí se iba a transformar al desearle, ya

que mi deseo era tan fuerte como el amor. Dani lo sabía. Lo había

adivinado.

—Creo, Alice, que su retrato también dice mucho de usted, de su

magnetismo y su alienación. Tiene la mirada de una mujer ausente, ida.

Solo piensa en él, ¿verdad? Acaba de publicar un artículo que podría

cambiarle la vida y lo único que le importa es la idea de volver a verle.

Cuando mira mis fotos, se siente
proyectada a un mundo cuyo

protagonista es él. No consigue escuchar
una historia, leer un libro, ver

una película... Él le ha robado todas sus
imágenes y lo ocupa todo, ¿no es

así? ¿Vive solo para él? Sí, ese es su
estado actual —dijo, tragando el

último bocado de su sándwich.

—Solo soy un objeto para el hombre del
que estoy locamente

enamorada. Para él, lo único que cuenta
es, cómo explicarlo, un cierto

dominio del estilo. Por eso se ha fijado en mí. En cambio, yo siento que

crezco, que aprendo escuchándole y observándole. Tengo la impresión de

que él tiene las llaves de un mundo que ignoro y al que sueño pertenecer.

Es tan ridículo, Dani... Le he visto dos veces en mi vida y Camille Pasoli

controla todas las facetas de su vida. ¿Cree que soy patética?

—Alice, la encuentro adorable y conmovedora ; y creo que tiene un

gran talento. Vamos, los clientes

esperan. ¿Qué diría nuestro Fabien?

—contestó, besándome en la mejilla.

Soledades de Central Park había tenido una gran difusión en la

prensa y los admiradores de Dani Olivier habían acudido en masa a la

librería para comprar una fotografía o un libro. El ambiente era muy

diferente a la dedicatoria de *Belleville en abril*, la novela de Adrien Rousseau.

Los clientes no se encontraban en un estado de hipnosis

amorosa, sino que buscaban un contacto

con ese fotógrafo que sabía

captar instantáneas de la vida del alma.
Eso era lo que contaban las fotos

de Dani: que el alma se disfraza, se
oculta continuamente y hay ciertos

momentos, instantes fugaces en la vida,
en los que podemos vislumbrar

ese algo esencial. Dani no trataba de
seducir a sus lectores, sino de

entablar con ellos un verdadero diálogo.
Le observé mientras se tomaba su

tiempo para responder a una pregunta,
sonreía a una clienta tímida o

dedicaba una foto a un cliente que le contaba su vida. Dani les escuchaba

con una atención excepcional y sincera, opuesta a la postura distante de

Adrien.

Pero entonces, la cara de Dani cambió por completo. Acababa de

ver a Camille entrando en la librería con Adrien. No puede ser verdad,

pensé. Yo estaba llevando unas copas de champán cuando me encontré

cara a cara con Adrien. Me besó la mano.

—He aquí a la protagonista del día, la gente me habla más de su

retrato que de mi libro —me espetó, divertido ante mi rostro desencajado.

Luego se volvió hacia Dani.

—Dani, te preguntarás por qué estamos aquí, ¿no? Me encantaría

comprarte la foto de la pareja. Ya sabes, la del hombre y la mujer en un

banco. Podría ilustrar perfectamente la portada de la segunda parte de

Belleville en abril.

Era maquiavélico, pensaba yo. Sin embargo, la trama de la vida es

mucho más compleja que las emociones humanas. Y, como me había

explicado Dani, de nada sirve arrepentirse de una vida o una persona,

aunque se odiara. Su dominio de sí mismo me pasmaba.

—¡Qué sorpresa! ¡Camille, Adrien! — contestó Dani—. Todos los

caminos llevan a la librería Los Sentidos. Además, tenemos a la anfitriona

más bella —dijo, mirándome fijamente,
sin duda para molestar a

Camille—. He leído su retrato, es
formidable. Casi me da ganas de leer tu
libro...

Hizo una pausa y prosiguió.

—Espero tu propuesta de compra para
la foto. Es muy cara porque

es muy valiosa. ¿Has aprendido tal vez
el significado de esa palabra con el

paso del tiempo? Os dejo, los lectores
me esperan.

Nada en él dejaba entrever el tumulto interior que debía estar

viviendo. Dani tenía la calma fría de un reportero de guerra. Sabía

controlarse con una perfección extraordinaria. A su lado, Adrien parecía

hasta dócil. Yo era testigo de ese intercambio, escrutaba las reacciones de

Camille entre esos dos hombres y la mirada fría de Dani sobre ella.

También me fijé en todos los gestos que pudieran darme más información

sobre los verdaderos lazos que le unían a Adrien. Este le susurró unas

palabras antes de acercarse a mí.

—Dani, te voy a tomar prestada a Alice, tengo algo que decirle...

Me tomó del brazo mientras Camille se dirigía hacia la foto de la

pareja como si ya fuera suya.

—Alice, aún tengo el sabor de su coño en la boca, en los labios.

Cuento las horas hasta Berlín.

Reanudaremos esas lecciones de estilo que

creo que tan bien le han ido, ¿no es así, Alice? He limitado al máximo las

citas con las librerías. Tengo otros planes en mente... Me voy ya, tenemos

que ir a visitar a un escritor que odio, un escritor de Camille...

Odiaba y amaba a la vez cada una de sus palabras. Qué arrogancia

y qué servidumbre también con Camille. Me pareció grotesco y muy poco

viril. Pero eso no me impidió desearle. Solo tenía ojos para él desde que

había llegado.

Vi a Camille acercarse a Dani y tratar de hablar con él sobre la foto.

Luego, Adrien la fue a buscar y se marcharon sin tocarse, con la seguridad de las parejas acostumbradas a ser admiradas.

—Menuda fanfarronería —me dijo Dani.

La palabra me hizo gracia. Le sonreí y Dani me devolvió la sonrisa.

—Camille se fue con Adrien pero no me ha dejado en paz desde entonces. Odia la idea de perder algo

que ha poseído. Para ella,

reconquistarme —o, mejor dicho,
“reposeerme”— se ha convertido en

una obsesión. Esta foto es una excusa,
igual que todas las propuestas

pseudo-profesionales que se inventa
para encontrarse conmigo. Adrien lo

sabe, es un hombre cruel pero inteligente
y lo ha entendido perfectamente.

Pero no le afecta. Creo que Adrien
jamás ha sentido nada por ella. Le

encantan las mujeres como usted, las de
verdad. Ama la suavidad y la

feminidad. Pero aún no se ha entregado por completo, no ha sufrido la

transformación curativa de una redención amorosa —le conozco a la

perfección— y hasta que lo consiga, el daño que deja a su paso es enorme,

porque las mujeres caen en su trampa.

Dani me acaba de dar los elementos clave. Todo estaba conectado.

Y era obra de Fabien, que había planeado todos esos acontecimientos que

se encadenaban conmigo en el medio.

Los últimos clientes se fueron. Dani me ayudó a ordenar la librería y me

propuso ir a tomar una copa en casa de Paul. Allí nos reímos mucho

imitando a la terrible y sublime Camille Pasoli. Esas risas me animaban y

ayudaban a hacer pasar el tiempo hasta Berlín. Ya era tarde. De repente, la

idea de encontrarme sola me dio pánico. Dani se dio cuenta y me ofreció

su habitación, a pocos pasos:

—Alice, la invito a compartir mi habitación, parece exhausta. Es

una propuesta amistosa. No hay ninguna ambigüedad. Los reporteros han

desacralizado el espacio en el que duermen, para nosotros una cama solo

es un lugar donde reponer fuerzas. Está temblando de cansancio. Puede

aceptar o rechazar esta invitación tranquilamente, no se sienta incómoda.

Me di cuenta de que apenas había dormido nada desde mi última

noche en el bar de Rose. Casi no tenía fuerzas ni para moverme, mucho

menos para decidir nada. Seguí a Dani,

sin preocuparme de lo que me

esperaba al día siguiente. Necesitaba recuperarme. Me tumbé a su lado,

envuelta por la serenidad de nuestro encuentro. Dani iba a ser importante

en mi vida, lo sabía. Y ese vínculo se transformaría, tenía un

presentimiento. Me encantaba la idea de dormir cerca de ese hombre, tan

sólido y cercano que me emocionaba. Hacía meses que no vivía una paz

así. Dani me acariciaba el pelo y me abrazaba. Era dulce, tan dulce...

Sentía su pecho cerca del mío y me gustaba su piel. Cuando me quedé

dormida, había conseguido dejar de pensar en Adrien, aunque solo fuera

por un breve momento.

Al volver a casa de Fabien para cambiarme, por la mañana, me

esperaba un paquete junto a una nota. El paquete contenía la foto de la

pareja neoyorquina y un billete de avión a Berlín para el día siguiente. Leí

la nota:

*Alice, me recuerda tanto a esta foto...
Es para usted. Tengo muchas
ganas de volver a verla en el
aeropuerto mañana.*

Un fuerte abrazo,

Adrien.

**Continuará... ¡No se pierda el
siguiente volumen!**

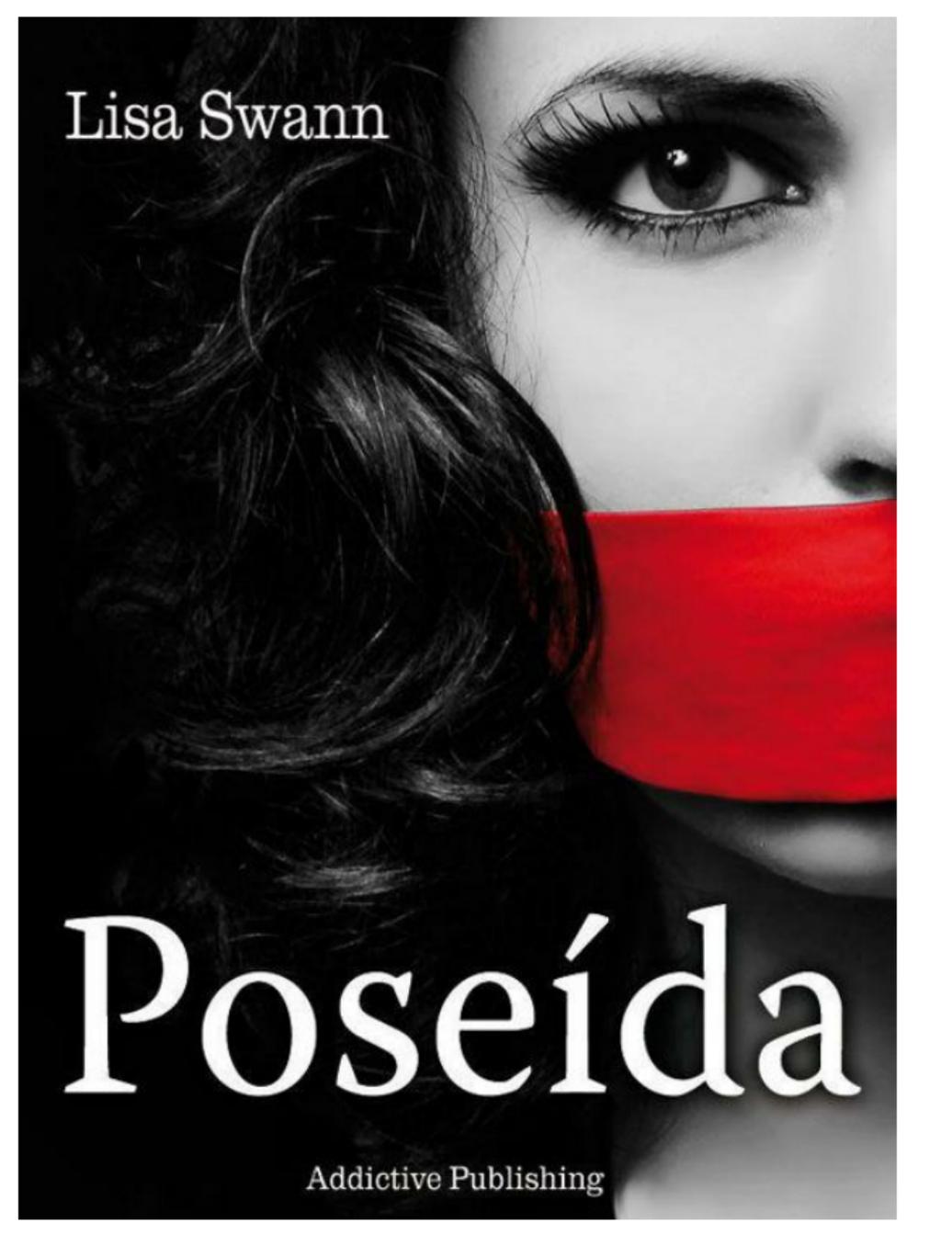
En la biblioteca:

Poseída

**Poseída: ¡La saga que dejará muy atrás a
Cincuenta sombras de**

Gre!

Pulsa para conseguir un muestra gratis



Lisa Swann

Poseída

Addictive Publishing